

Consideraciones sobre la identidad europea

Daniel Innerarity

Según se afirma frecuentemente, Europa tiene problemas de comunicación. Quisiera comenzar afirmando que no me extraña que haya este tipo de dificultades, teniendo en cuenta la naturaleza misma de esta empresa política. Si el mismo Jacques Delors pudo decir que estábamos ante un Objeto Político No Identificado, no deberíamos sorprendernos demasiado al comprobar que la percepción de la opinión pública es borrosa y confusa. La perplejidad sería mínima si se tratara de una configuración que pudiera orientarse por las categorías tradicionales de estado nacional o las relaciones internacionales, si estuviéramos construyendo un estado nacional a escala más amplia o intensificando unas relaciones entre estados soberanos. Pero el proceso de integración es único, inédito; exige conceptos y actuaciones originales. Por eso lo que ahora voy a llevar a cabo es una reflexión sobre Europa que no se dirige tanto al modo de comunicar como a lo que se ha de haber entendido para poder luego comunicar, que no contiene unas instrucciones de uso sino unas indicaciones para su comprensión.

Se habla mucho de déficit democrático, pero creo que el problema más profundo de Europa es su *déficit cognoscitivo*, nuestra falta de comprensión acerca de lo que la Unión Europea representa. Nos cuesta entender que estamos ante una de las mayores innovaciones políticas de nuestra historia reciente, un verdadero laboratorio para ensayar una nueva formulación de la identidad, el poder o la ciudadanía en el contexto de la mundialización. La crisis que está detrás del fracaso constitucional o la desafección generalizada ante la posibilidad de avanzar en la integración se debe fundamentalmente a una deficiente comprensión de lo que somos y lo que estamos haciendo o, si se me permite esta afirmación que alguien puede considerar un exceso filosófico, a la falta de una buena teoría sobre Europa. El déficit al que me refiero no es una falta de comunicación que se pudiera resolver con un mejor marketing. Es una falta de comprensión y de convicción (entre sus ciudadanos y sus gobernantes) acerca de la originalidad, sutileza, significación y complejidad de la construcción europea. Así se explican los miedos de los ciudadanos y las escasas ambiciones de buena parte de sus dirigentes. Y

es que la idea que se tiene de la UE está llena de malentendidos que la dejan a merced de una opinión pública superficial: como una escala de poder suplementario, como una estrategia para sobrevivir frente a una globalización que es percibida sólo como algo amenazante, como una forma política sobre la que se proyecta el modelo del estado-nación... Y así pasa con frecuencia que unos países parecen muy europeístas porque en el fondo aprecian las subvenciones que han recibido, mientras que otros ven en Europa una amenaza y dejan de percibir la oportunidad que representa. Unos y otros tienen una percepción equivocada de lo que Europa representa y, mientras no se disuelva ese equívoco, la adhesión al proyecto político de la UE seguirá siendo débil o superficial.

Lo que Europa necesita es conocerse y renovar su coherencia. No se puede avanzar en la integración política si no abordamos abiertamente la cuestión de la naturaleza de Europa, si escamoteamos las preguntas de fondo acerca de lo que es y puede llegar a ser. Ni que decir tiene que sin esa aclaración, las políticas de comunicación en el seno de la Unión no podrán ser eficaces, especialmente en una sociedad que es madura y en la que cada vez se pueden hacer menos cosas sin dar razones convincentes. Como decía Julia Kristeva Europa no sólo tiene que ser útil, sino que también ha de tener sentido. Comprender Europa es el primer paso para conferirle un sentido e imprimírle una dirección, para indicar a la ciudadanía qué es lo que debería recibir su asentimiento después de un debate público. Es posible que durante un tiempo esta clarificación se considerara ociosa, pero ahora resulta ineludible tener una idea de Europa, que explique su peculiaridad y las posibilidades que contiene.

Europa ha sido definida frecuentemente a partir de factores geográficos, culturales, históricos y políticos que formarían la base de una única civilización y de la que surgiría un modelo occidental de modernidad. Pero en cuanto se la examina con detenimiento, la cuestión de la identidad resulta más difícil de determinar. Desde el punto de vista geográfico, Europa carece de unas fronteras naturales: el Atlántico no separa absolutamente sus orillas, sobre todo por la peculiar relación que mantienen Gran Bretaña con Estados Unidos o España y Portugal con América Latina; el Mediterráneo es un espacio que separa tanto como une y relaciona; hacia el este Europa no tiene una frontera clara. Si la entendemos como un continente, Europa es aún más imprecisa, lo que comprendió muy bien Paul Valéry al describirla como un pequeño promontorio del continente asiático. En este sentido puede afirmarse que Europa tiene menos consistencia geofísica que, por ejemplo, el subcontinente indio. En términos de civilización, Europa se extiende

bastante hacia el continente asiático y no cabe excluir de ella buena parte del Mediterráneo.

Desde un punto de vista histórico Europa no constituye una civilización unitaria que hubiera desarrollado una trayectoria singular y claramente diferenciada del resto del mundo. La diversidad cultural de Europa es más que la diversidad de sus naciones; Europa ha sido formada en la interacción y fertilización mutua de sus civilizaciones. Por eso puede decirse de ella que, más que una civilización, es una "constelación civilizatoria".

Planteadas las cosas desde la perspectiva de la identificación efectiva de los europeos, tampoco existe una identidad omniabarcante en la que, por así decirlo, estén todos los que son y sean todos los que están. Los europeos no están especialmente unidos y menos contra una alteridad por oposición a la cual se definirían a sí mismos. Como ha dicho Brague, *el peligro para Europa no puede venir de fuera por la simple razón de que no puede concebirse a sí misma como un 'adentro'*. Las fuerzas que nos mantienen unidos no son especialmente enfáticas, como tampoco lo es aquello que nos diferencia respecto de otros.

Tampoco se puede definir a Europa como Occidente. Las raíces históricas de la civilización occidental –Atenas, Roma, Jerusalén– no fueron europeas en el sentido occidental del término. Solemos olvidar que la cultura y la civilización occidentales tuvieron su origen en Oriente. El mundo antiguo era oriental, no occidental. La antigüedad clásica y los orígenes del cristianismo eran mediterráneos, en el sentido utilizado por Braudel. Como los griegos, tampoco los romanos tuvieron un sentido claro de identidad europea, que es algo más bien propio de la Edad Media, sino que concibieron a Roma como el centro del mundo. Por su historia y todavía más por el momento presente, Europa no equivale a Occidente.

Para los pueblos antiguos la división entre el norte y el sur era más significativa que la del este frente al oeste. Durante mucho tiempo los Alpes representaron una frontera geográfica y cultural mucho más que el Mediterráneo, que era el centro de la civilización. La contraposición entre el este y el oeste tiene su origen en el momento en que, desde el siglo VII la idea de Europa fue articulada contra el Islam, una contraposición que continuó a lo largo de la Edad Media, en la era moderna y hasta el final de la guerra fría.

La ampliación de la Unión Europea hacia el Este es cualitativamente diferente de las anteriores; no es sólo un aumento significativo de los

estados miembros sino una reconfiguración de su marco civilizatorio. Con el desplazamiento de las fronteras de Europa hacia Rusia y con la eventual entrada de Turquía, Europa se desplaza hacia Asia y se hace cada vez más post-occidental y policéntrica. De este modo se hace posible superar la "pequeña Europa" de la guerra fría. La ampliación no sólo hace a Europa más grande; también la transforma cualitativamente. La caída del comunismo no ha suprimido el Este sino que lo ha reconfigurado, un "Este" que va a ser cada vez más relevante en la nueva Europa. A partir de 1989, tras la caída del muro de Berlín, ha desaparecido una contraposición con el Este y ha comenzado la era de una Europa orientada hacia la construcción del mundo multipolar.

Europa no es una forma de vida, ni un pueblo, ni una civilización, ni un super-estado, sino una construcción especialmente original por lo que se refiere a la posibilidad de que se acepten normas vinculantes que proceden de una articulación entre espacios que no son homogéneos ni están plenamente unificados. De este modo la UE se diferencia del constitucionalismo tradicional que exigía unidad de *demos*, lo que muchas veces suponía también unificación lingüística, cultural o religiosa. Esta disociación de lo identitario y lo político constituye una de sus innovaciones más interesantes, planteándose así la posibilidad de una democracia sin *demos* o con *demos* diversos, con un pueblo poco definido, mal limitado, poroso, no contrapuesto necesariamente a otros.

El hecho de que sea tan difícil definir Europa en términos exclusivamente culturales por referencia a una historia compartida o un territorio común definido o unos valores compartidos es lo que hace que la configuración de un espacio público europeo sea de tanta importancia: Europa como una conversación, como un espacio discursivo, que no requiere bases determinantes sino posibilidades de interlocución.

Si, en medio de este pluralismo de valores, hubiera de destacarse alguno especialmente característico, yo tomaría como punto de partida aquella aguda observación de Montesquieu de que Europa ha estado siempre especialmente interesada en saber qué idea tienen los demás de nosotros mismos. Pienso que es esta disposición a verse desde fuera la que está en el origen de nuestras mejores construcciones y no tanto una supuesta defensa de algo propio y exclusivo. ¿Y si nuestros valores fundamentales fueran un conjunto de hábitos que han configurado una identidad que nos inclina continuamente a guardar distancia respecto de la propia identidad? Autorrelativización, reflexividad, distancia frente a uno mismo, curiosidad, respeto, interés por la compatibilidad, voluntad de cooperación y reconocimiento son las propiedades de una forma leve de

identidad pero sin la cual no podría llevarse a cabo el experimento europeo.

Lo más interesante de la construcción europea es que permite superar la ficción de que la sociedad puede ser construida estatalmente y con independencia de otras sociedades. No existe una sociedad civil europea que resulte de la mera agregación de sociedades nacionales y desconectadas del resto del mundo. La sociedad europea forma parte de una sociedad global. Es un error subrayar en exceso la diferencia entre Europa y el resto del mundo o pensar que toda la estrategia de la integración se justifica para defenderse de un mundo visto como una realidad amenazante. Si por algo se justifica el experimento europeo es porque promueve un modelo de identidad que no sólo no requiere anular su diversidad interior, sino que tampoco necesita una oposición a otros para su propia afirmación: es un nosotros sin otros. Uno de los valores fundamentales de Europa es que la identificación con lo propio se hace menos exclusiva y permite una gran complementariedad.

La construcción política de Europa presenta unas singularidades que la diferencian de todos los proyectos de construcción nacional. Probablemente sea la primera entidad política que se configure sin necesidad de un patriotismo ideológico de los que exigían un pueblo delimitado y homogéneo, un origen común, unidad de lengua y cultura, y algún enemigo exterior que fuera útil para la cohesión interna. A pesar de que abunde la retórica en esa dirección, la contraposición con los Estados Unidos trata de conferir a Europa una legitimidad que no necesita, ya que se asienta en otro tipo de valores. El proyecto europeo no exige, como ha sido habitual en la configuración de las naciones, dramatizar el peligro exterior para asegurar la cohesión interior.

Europa no puede concebirse como algo separado del mundo. Ese entrelazamiento ha sido una constante histórica; aquí se ha dado siempre con una especial intensidad la conciencia de estar vinculados con el resto del mundo. Esa referencia, que en otras épocas tuvo un impulso civilizatorio, pero también comercial y colonial, ha dado a Europa una fuerza que continuamente la sustrae de su posible ensimismamiento. Por eso puede afirmarse que al impacto de la globalización no supone ninguna ruptura especialmente original con respecto a su historia. Esta "Europa cosmopolita" (Beck / Grande) se acentúa en el proyecto de la Unión Europea. Frente a la concepción de una Europa como unidad autárquica claramente separada del resto del mundo y en competencia con él, el experimento europeo no tiene otra justificación que representar el embrión de una verdadera cosmopolítica. Europa, que ha tenido siempre una cultura expansiva, puede encontrar aquí un horizonte de sentido.

La Unión Europea pone de manifiesto, aunque sea de manera incipiente, que la globalización no es una amenaza para la democracia sino una oportunidad para extenderla más allá de los límites del estado-nación. *Europa es una forma especialmente intensa de elaborar un sistema global* (Meyer), una "world polity" en miniatura. La globalización, más que como una amenaza, como desafío o catalizador, ha de ser vista como una posibilidad para definir el proyecto europeo en términos globales. No se trataría tanto de tomar partido como actor global sino de promover otro modo de organización de las relaciones entre los actores. Estamos tratando de buscar el significado de la sociedad en un mundo en el que la coherencia social, la participación democrática y la legitimidad política están siendo redefinidas.

Las prácticas de gobierno de la Unión Europea cultivan una serie de disposiciones de alcance universal: la facultad de ver la propia comunidad con una cierta distancia, la aceptación de las limitaciones, la confianza mutua, la disposición a cooperar, un sentimiento de solidaridad transnacional (Magnet, 2006, 154). Europa no es ejemplar por una superioridad de algún tipo, sino porque el espacio público europeo es un caso representativo del hecho de que la mayor parte de las decisiones políticas no pueden adoptarse sin examinar su consonancia con los intereses de los otros. En ese sentido Europa puede considerarse como paradigma de la nueva política que está exigiendo un mundo interdependiente. *Europa ofrece una experimentación moderna de la formación de un mundo verdaderamente 'multipolar' (...). Es, sin duda, uno de los mensajes que la Europa política puede proponer: multipolar ella misma, puede promover ese modo de organización; proyectando al exterior su propia práctica interna puede contribuir a 'civilizar' la globalización* (Foucher). El proceso europeo de integración política es una respuesta inédita, tal vez un día ejemplar, a las circunstancias que condicionan actualmente el ejercicio del poder en el mundo.

La construcción Europa pone de manifiesto que el vínculo entre nación y democracia es de naturaleza coyuntural y no conceptual, lo que nos permite concluir que son posibles identificaciones cívicas más amplias, que el proceso de aprendizaje democrático se puede prolongar más allá del estado nación. Hemos conseguido dispersar la soberanía, multiplicar los espacios de la acción cívica, favoreciendo al mismo tiempo el autogobierno y la lealtad hacia conjuntos políticos más amplios. Por eso nos encontramos ante una posibilidad de inventar un nuevo tipo de ciudadanía, más compleja, que no resultaría de la mera ampliación de las actuales hasta la escala europea.

Las cuestiones redistributivas o la definición de una comunidad política se han jugado hasta ahora en el interior de los estados. La tentación mimética no da más que motivos para el pesimismo, pero hay otras formas

de identificación y gobernanza diferentes de las del estado nacional. No hay por qué pensar la democracia en los espacios más amplios (en Europa o en el mundo) como una reproducción a otra escala de los mecanismos representativos del estado. El porvenir de la UE no pasa por la construcción de un gran estado, sea federal o confederal, sino por la invención de estructuras inéditas que no tienen un verdadero precedente ni en las experiencias estatales ni en la cooperación internacional organizada.

Se podría decir que Europa es un espacio para la redefinición de lo común y que la ciudadanía europea se dirige precisamente a la configuración democrática de eso común. Se trata de una identificación difícil, a través de los procedimientos de la deliberación democrática, y que no debe reducirse a una yuxtaposición rudimentaria de los intereses. Aquí se pone de manifiesto la contraposición que Benjamin Barber formulaba, hablando del solapamiento de los intereses individuales, entre su "*mutual advantage*" y "*the advantage of their mutuality*". El viejo principio ontológico de que el todo es más que la suma de las partes se traduce políticamente en una esfera pública entendida como algo que no se limita a equilibrar sin más las preferencias individuales. La grandeza del proceso de integración europea está precisamente en su inmenso saber cooperativo, pero también su fragilidad cuando no se trasciende el plano de la adhesión implícita o meramente interesada.

Fronteras, Conciencia Europea, Instituciones y Cultura

(Maria Manuela Tavares Ribeiro*)

Pensar las fronteras de Europa

La mayor parte de Europa se unió por un acto voluntario, no por la fuerza. Por primera vez esta unificación no ha sido el resultado de conquistas, sino de la libre elección de los pueblos, lo que, en un continente desgarrado por tantos conflictos o guerras, supone un acontecimiento sin precedentes.

Los retos a los que una Europa ampliada debería hacer frente serían muchos y variados. ¿Se cuenta entre ellos el de los límites de Europa?

Si se acepta la idea de que Europa es un concepto y un estado de espíritu, al tiempo que una geografía, una historia, un mercado común, entonces sus límites podrían seguramente ampliarse.

Recuerdo a Carl Hambrö, que en los años 40 decía que Europa no existe, ni existió nunca, y no existiría, porque es el único continente en el que la geografía no es claramente identificable.

Para Robert Frank, la realidad es exactamente la contraria. Es decir, Europa finalmente es el único continente verdaderamente capaz de constituirse en una entidad, precisamente porque su delimitación nunca vino dada por la naturaleza. De este modo, el que su definición identitaria esté abierta, por ser producto de una historia que no ha llegado a su término, es una ventaja.

Esta incerteza, generadora de una dinámica territorial, está en la base de una dialéctica entre quienes están dentro y los que están fuera. Esta dinámica tiene que superar el obstáculo que surge de la reflexión entre las restricciones de la ampliación y las necesidades de la profundización.

*Catedrática de la Facultad de Letras de la Universidad de Coimbra y Coordinadora de Investigación del *Centro de Estudos Interdisciplinario do Século XX* de la Universidad de Coimbra – CEIS20.

Por primera vez en la historia se le ofrece a Europa definir claramente, por lo menos por algún tiempo, la geografía de la construcción política. En este sentido podremos urdir algunos interrogantes: ¿no deberá considerarse la problemática de las fronteras europeas con el factor de movilidad, la tendencia de deslocalización de las actuales fronteras, al redefinir este movimiento nuevas cartografías de los espacios y de las pertenencias identitarias y cívicas? O bien ¿qué efectos de la integración europea en los dos países ibéricos por lo que respecta a las identidades, la ciudadanía, las fronteras? ¿Serán los portugueses y los españoles «europeos comunes»? ¿Por dónde pasan las fronteras de Europa? ¿Qué fronteras constituyen Europa?

La respuesta a la primera pregunta es una determinación; la respuesta a la segunda implica aceptar el problema como inherente a la idea y a la construcción europeas. Esta es la perspectiva que adopta Rui Cunha Martins: la de la frontera como mecanismo ordenador de las diversas escalas europeas. El debate europeo sigue señalando de modo inequívoco (y así lo problematiza Rui Cunha Martins en su obra «El Método de la Frontera») que el problema de las fronteras es uno de los mayores retos del proyecto europeo.

A medida que avanzamos en el siglo XXI, en momentos de mundialización, se impone cuestionar críticamente a Europa, viejo continente, hoy nuevo mundo a redescubrir en su modernidad, efecto de una convergencia histórica y de una nueva geografía que continúa haciéndose. Interacción entre el espacio, el político, el social, el cultural, el religioso cuestión esta compleja y polifacética, reactivada hoy, y en el futuro.

Conciencia europea, sentimiento europeo

El sentimiento de la necesidad de construir Europa se desarrolló gracias a las grandes catástrofes del siglo XX. Puede afirmarse que las tres dinámicas de la conciencia europea: el miedo del regreso de la guerra, la aversión de la decadencia, la sede de prosperidad y bienestar no se marchitaron en los años sesenta y setenta. Se produjo la reconciliación franco-alemana; no se agravaron los riesgos de guerra, a pesar de las tensiones con la URSS, sino que la protección americana parecía más segura; los efectos del crecimiento y las ventajas de la sociedad de consumo atenuaron el gusto amargo de la decadencia; el *Welfare State*, típicamente europeo, es una fuente de identidad europea. Como afirmaba Denis de Rougemont, «Europa ya no es

una cuestión de vida o muerte» como parecía serlo en los años 20 o en los años posteriores a la II Guerra Mundial.

¿Se puede afirmar que hay un debilitamiento de la conciencia europea? La respuesta es negativa: existe una modificación, una banalización, no un debilitamiento. Es significativo decir, en primer lugar, que, en nuestros países que salieron de la dictadura (España, Portugal, Grecia), Europa no parece banal, sino vital, para asegurar la transición democrática en las mejores condiciones. Asimismo porque, para los países miembros de la Comunidad, no se podía subestimar la importancia de la conciencia europea. Esta existía, pues, como un consenso bilateral en la medida en que las masas en adelante miraban hacia la Europa de Bruselas. Como tal, no es menos una «fuerza profunda», para retomar la expresión de Renouvin. Una fuerza discreta, pero enraizada socialmente, ampliamente difundida (compartida por más del 60% de europeos), con más peso que entusiasmos espectaculares y circunscritos. Ha existido, por lo tanto, un «consenso permisivo» y mayoritario, a pesar de las resistencias de las minorías más activas. Así pues, la conciencia europea incluso fue reactivada. Se reavivó la idea de que la construcción europea era una necesidad. Así ocurrió con el relanzamiento europeo en 1955, 1969, 1984. Si bien la reactivación de esta conciencia es menos espectacular que después de los grandes traumatismos de las guerras mundiales, no fue menos eficaz. Véase, por ejemplo: tras el rechazo de la CED por Francia en 1954, la reanudación de las negociaciones en Mesina en 1955, que condujeron a los Tratados de Roma de 1957; después de la crispación gaullista de 1963-1969; las negociaciones con el Reino Unido tras la descompresión de la política de Thatcher y Mitterrand; la Conferencia de Fontainebleau en 1984, que abrió paso al Acta Única; las negociaciones del Tratado de Maastricht; el conflicto de Bosnia y la impotencia de la UE para resolverlo y la ayuda de los americanos mediante por los acuerdos de Dayton en 1995. Recuérdese asimismo la búsqueda de una identidad europea de seguridad y defensa durante el proceso franco-británico de Saint Malo en 1998 o también cuando ocurre la crisis europea de 2003, que reveló profundas divisiones de los miembros de la UE frente a la guerra de Iraq.

Si bien tales acontecimientos no hicieron debilitar la «conciencia europea», sino que, por el contrario, la revitalizaron, las realidades de la conciencia europea hirieron, sin embargo, el «sentimiento europeo».

Es manifiesto el menor compromiso de los «intelectuales», más comprometidos en los años 20 que en los últimos años. Lo mismo ocurre con los medios económicos. No queda mucho espacio para un fuerte patriotismo europeo, mientras, por el contrario, los sentimientos nacionales se

mantienen muy vigorosos. Es decir, la nación sigue siendo el principal ámbito colectivo de inversión afectiva. Europa se presenta como una necesidad, no como un objeto de sentimentalidad. Aquí reside la contradicción europea esencial: el camino hacia la unidad no puede hacerse sino lentamente, con prudencia, este método prudente es el que permite los éxitos y las realizaciones, pero no da lugar a sueños. ¿No será este déficit de lo imaginario la principal debilidad del proceso de integración europea?

Unidad de la «cultura europea»

La percepción de una unidad cultural se desvanece a partir de los años 50 en la parte occidental del continente. En los años 90 ciertos intelectuales contestan incluso la existencia de dicha unidad en nombre de la especificidad de las culturas nacionales. De este modo, la «cultura europea» se pone en cuestión o se considera elitista y tradicional y contaría menos como motor de la unidad europea. Curiosamente, esta evolución no tiene lugar en la Europa Oriental bajo dominio comunista. Por el contrario, la vieja cultura europea era entonces, para muchos, la tabla de salvación para construirse y para reconstruirse. Se consideraba «occidental» y, de este modo, identificarse con ella era una manera de impugnar y evitar la creación de una identidad europea-oriental. Conviene señalar esta paradoja: la vieja identidad cultural europea pesa poco en la construcción europea de Occidente en un momento en que en el Este se hace realidad, incluso se considera un precioso tesoro, como un puente entre la memoria y la esperanza, entre el pasado y el futuro.

La «cultura europea», la cultura de toda Europa puede actuar como catalizador de identidades multiculturales, o lo que es lo mismo, lo universal y lo particular interactúan entre sí. Como ha subrayado Matsuura, «un mundo auténticamente rico en conocimiento ha de ser un mundo culturalmente diverso; preservando la diversidad y favoreciendo el pluralismo podremos conseguir que la cultura del siglo XXI cumpla una de sus más importantes funciones: convertirse en un elemento de armonía en nuestras vidas».

La cultura de Europa es su propia diversidad. De ella nacieron hace siglos sus fuerzas creativas. ¿No encontrará Europa su identidad en el «genio de la diversidad»? En otras palabras, en el diálogo con el *Otro*. Y cito a Daniel Innerarity: «uno de los valores fundamentales de Europa es que la identificación con lo propio se hace menos exclusiva y permite una gran complementariedad». Las relaciones con el «exterior» de la Unión, entre «Nosotros» y los «Otros» prueban que la idea de la «unidad cultural» no

tiene sentido. La cultura coloca en el centro de la reflexión sobre Europa el problema nuclear de la problematización de la alteridad. Es pertinente plantearse las preguntas: desde el punto de vista histórico, geográfico o cultural, ¿tendrá sentido hablar de una unidad cultural europea o más bien de una constelación de civilizaciones?, ¿habrá en Portugal y en España, una mayor sincronía cultural con Europa? De facto, nos parece que cada uno de los países ibéricos ha conseguido vencer su «segregación» cultural con Europa.

Instituciones europeas y conciencia de una identidad europea

¿Qué papel pueden desempeñar las instituciones europeas en la emergencia y la toma de conciencia de una identidad europea? Dicho de otra forma, ¿en qué medida las organizaciones que se han creado como instrumentos de unificación europea y las instituciones que funcionan en su seno son capaces de encarnar y promover una identidad europea?

Nacidas de la idea europea, es decir, de la aspiración a la cooperación y la integración de los europeos, ¿pueden esas instituciones generar y reforzar el sentimiento de pertenencia a Europa? ¿Pueden convertirse, a su vez, en un factor de progreso de la idea europea? ¿Cuál es la idea europea defendida por tal o cual responsable en el seno de las instituciones? Como sabemos bien, hay avances, retrocesos, compromisos.

Es cierto que la imagen de Europa que esta o aquella organización presenta puede ser «manipulada» por necesidades independientes de su voluntad. Puede existir un desfase entre el proyecto europeo deseado por tal o cual institución y la percepción externa de ese proyecto.

La relación entre instituciones e identidades europeas parece menos fácil de percibir y definir que la relación entre instituciones y unificación de Europa. Las organizaciones y las instituciones europeas concretizan la aspiración a la unidad: surgidas de la voluntad de unificación, constituyen un instrumento de profundización del proceso. De este modo nos preguntamos: ¿cómo procuran las instituciones reforzar la identidad europea?

Reforzar la identidad europea es una preocupación proclamada por las organizaciones europeas. Desarrollar el sentimiento de pertenencia, consolidar la voluntad de unidad, estimular el espíritu europeo son *misiones* para las instituciones comunitarias, tanto en las iniciativas hacia el exterior, como en las acciones internas.

¿Cómo pueden las instituciones gestionar la diversidad europea?

Sabemos que la gran diversidad de las instituciones, reflejo de la diversidad de las múltiples funciones y, sin duda, de la diversidad de las identidades, no es, *a priori*, muy favorable a la emergencia de una visión muy clara de Europa.

Es verdad que las organizaciones europeas no se excluyen unas a otras. En otras palabras, la pertenencia múltiple es la regla. No obstante, cabe preguntarse si las formas de cooperación entre organizaciones europeas adolecen de insuficiente desarrollo o, por lo menos, de falta de visibilidad. Y plantear la cuestión, la reitero de nuevo: ¿podrán aquellas, las instituciones comunitarias, ser un factor de progreso de la idea europea en Portugal y en España?

Portugal y España se cuentan entre las más antiguas naciones-Estado de Europa y cada una de ellas tiene un fuerte sentido de unidad y misión nacionales.

Después de la revolución de abril, en 1974 en Portugal, y de la muerte de Franco, en 1975, tuvo lugar la transición democrática en los dos países ibéricos. Se produjo entonces su retorno a la escena internacional de la que habían estado relativamente aisladas durante la dictadura.

Tanto España, como Portugal quedaron marginalizadas del proceso de integración europea por razones políticas. En los años 70, los gobiernos democráticos portugués y español buscaron activamente la integración en la UE.

Los políticos españoles y portugueses esperaban que la adhesión contribuyese a la consolidación de las instituciones democráticas, la modernización de sus estructuras económicas y la normalización de las relaciones con sus vecinos europeos. También consideraron la adhesión a la CEE una forma de maduración política, que también ayudaría a alinear la política de ambos países con sus congéneres europeos y a acelerar la europeización y democratización de sus arcaicas estructuras políticas.

La adhesión puso en marcha un proceso de ajuste complejo y polifacético. La integración europea ha producido, y seguirá produciendo en el futuro previsible, un profundo efecto en las sociedades española y portuguesa. Véase el impacto en cuestiones como la identidad nacional y la sostenibilidad de los sistemas estatales de las seguridad social y en el ajuste de las estructuras políticas y económicas.

La integración europea contribuyó asimismo a la aproximación de España y Portugal. La mejora de las relaciones entre los dos países ha conseguido unos resultados significativos. Durante siglos, los países ibéricos compartieron la península, pero poco más. Sin embargo, desempeñaron un papel importante en el proceso de integración europea.

Desde el punto de vista cultural, los efectos de su integración son también llamativos. En este sentido iniciaron nuevos procesos de autodescubrimiento. Así se han reflejado sus identidades propias, la cultura, la nacionalidad, la ciudadanía, la etnicidad, la política. Esta adhesión representó, sin duda, la victoria del principio de la realidad.

Y, si bien el proceso de integración en Europa influyó mucho en este desarrollo, ¿podremos decir lo mismo de la nueva ciudadanía europea?

No será exagerado decir que portugueses y españoles están convirtiéndose en «europeos comunes» y que muchas de las diferencias culturales que separaban estos dos países de sus congéneres europeos se atenuaron como consecuencia del proceso de integración.

El éxito económico puede mejorar los lazos políticos y las relaciones entre Portugal y España. Así ocurrió a partir de los años 80, lo que se reflejó en más intercambios culturales y en una mayor armonía política.

En suma, la adhesión a la UE, de Portugal y de España, fue un paso decisivo, pero la cuestión de la ciudadanía ibérica y/o europea y su impacto en los portugueses y españoles continúa abierta.

Hoy nos encontramos ante perplejidades resultantes de problemas financieros, económicos y también estructurales.

En palabras de José Reis, «Europa tiene que construir un nuevo camino. Tal vez, inventándolo a través de un regreso a sus fundamentos».